

## La maldición del 3 %

Josep Fontana  
Historiador

1 febrero 2013

*(Traducción de Jordi Domènech)*

Vídeo: [3 % al Parlament](#)

Hubo unos tiempos en que vivíamos felices, convencidos de que nuestros políticos eran pasablemente honrados. Es cierto que nos mentían cada vez que nos pedían el voto (una vez en el poder no hacían nada de lo que nos habían prometido) y que en algún caso resultaba sospechosa la súbita mejora de sus niveles de vida. Entre las cosas que cuando era pequeño aprendí de mi padre, figura el recuerdo de cómo un político de su tiempo, diputado de extrema izquierda, cambió de partido, pasándose a otro que estaba en el gobierno y, simultáneamente, cambió el restaurante donde almorzaba todos los días por otro mejor. Siempre me ha quedado la desconfianza por los cambios de ideas que van acompañados de una mejora del menú.

Pero no negaré que hay políticos honrados. Yo personalmente he conocido a dos. El primero fue el malogrado Ernest Lluch, que cuando dejó el Ministerio de Sanidad no quiso aceptar los cargos bien remunerados que le ofrecía la industria farmacéutica, sino que optó por regresar a la universidad y vivir modestamente. El otro, como todavía está vivo, no voy a mencionarle, para no avergonzarlo, ya que en estos tiempos que corren quedaría como "tonto". Estoy convencido que debe de haber alguno más que los dos mencionados, ya que mis conocidos en esta profesión son escasos, y no resultan significativos.

Pero esta felicidad se fue al traste en octubre de 2006, cuando Pasqual Maragall cometió la imprudencia de decir públicamente, en una intervención inmortalizada en YouTube: "Ustedes tienen un problema, y este problema se llama 3 %." Lo peor, en realidad, no fueron estas palabras, sino, como dice alguien que ha añadido comentarios a este vídeo: "Impresionante, como con sólo escuchar el 3 % el señor Mas sabe perfectamente de qué le están hablando..." Aquel día perdimos la inocencia y empezamos a mirar con desconfianza todo lo que se refiere a los políticos y a su entorno (porque, tal como ha

podido verse, cuando un político pillan, aparte de su santa mujer, pillan también sus hermanos, hijos, cuñados y toda la parentela).

Nos ha costado escandalizarnos. Cuando mi buen amigo Manuel Trallero publicó este pasado año un libro rigurosamente documentado, *Música celestial. Del (mal) llamado "caso Millet" o "caso Palau"*, estaba convencido de que las revelaciones que contenía provocarían un escándalo general. No pasó nada. Todavía conservábamos unos márgenes de confianza. Pero está claro que la multiplicación de noticias sobre corrupción política que se han ido acumulando en los últimos meses, desde el patrocinio municipal de un club de fútbol hasta el sueldo del jefe de Gobierno o a los negocios de la familia real, han acabado con nuestra credulidad.

Y es ahora cuando la maldición del 3 % empieza a surtir efecto, porque nos recuerda que cada euro ilegal que se embolsa un político es el fruto de un negocio sucio que ha pagado el 3 % de tarifa, es decir que todas estas sumas hay que multiplicarlas al menos por tres para evaluar el importe total del negocio. Que en 1997 el señor Rajoy o la señora Cospedal cobrasen 2.500 euros al mes en dinero negro (limpios, sin deducciones ni repercusiones en la declaración de la renta) puede parecer de escasa importancia. Pero cuando multiplicamos por tres la suma de los millones defraudados en su conjunto, las cosas comienzan a tomar otro cariz.

Y todavía más cuando seguimos la ejecución de los contratos fraudulentos que se realizaron en virtud del pago de este dinero negro. Por ejemplo, el velódromo de Palma estaba presupuestado en 48 millones (que representaría una propina de alrededor de 1,4 millones para alguno, o algunos, en el gobierno de las Islas) y acabó costando 90,6, casi el doble. O el Palau de les Arts de Valencia, que se presupuestó en unos 100 millones y costó 478, y según noticias recientes empieza a tener problemas de conservación. De este, por lo menos, el arquitecto Calatrava sacó 44 millones, que es una suma razonable. Nuestros políticos, en cambio, se corrompen por cuatro cuartos; será que hay mucha competencia en este mercado.

¿Cómo puede resolverse un problema como éste, que está sacudiendo en estos momentos nuestra sociedad? Me temo que no hay medidas higiénicas fáciles, sino que lo que deberíamos hacer es aplicar el criterio del 3 % en la observación de la realidad global de lo que ha ocurrido en este país en los 35 años que se cumplirán en éste de la proclamación de la Constitución. Quizá ha llegado la hora de rehacerla, porque la verdad es que el sistema no funciona bien.

Fuente original:

"La maledicció del tres per cent", *La Lamentable*, 1 febrero 2013

<http://lamentable.org/la-maledicccio-del-tres-per-cent/>